

A F A S I A

**A**HI tienes—dijo el médico ayudante, señalando a través del balcón abierto—uno de esos casos novelables que tanto os gustan a los literatos.

Frente a nosotros, una mujer de cabello rubio ceniciento, joven aún, pero marchita, peinada y vestida a la moda de diez años antes, acababa de aparecer, saliendo del huerto frondoso, en la explanada de acceso al sanatorio de enfermos mentales, y se había inmovilizado detrás de uno de los macizos bancos de azulejos en forma de prisma.

—Verás ahora...

La melancólica figura había separado del tronco los brazos, hasta entonces caídos pesadamente, y accionaba de una manera extraña. Había levantado la cabeza gacha y abierto la boca como para cantar, pero sin que de su garganta saliera un sonido. Sus gestos, sin embargo, marcaban incluso el esfuerzo en las notas altas y prolongadas no emitidas...

—¿No te recuerda, aunque penosamente, el cine mudo?... Fué una cantante, según dicen, de grandes condiciones. Ahora ya lo ves: sólo una sombra muda, reducida a la mímica, de lo que fué...

Después de redondear los labios con el movimiento correspondiente a un trémolo final, los músculos faciales de la aparecida se relajaron, cayeron sus brazos y volvió a quedar inmóvil, expectante.

—¡Bravooo, bravooo!... Aplaude tú también...

Tras de inclinarse una vez y otra, sonriendo llena de satisfacción, la mujer acabó por apiñar los dedos y mandarnos besos con ademán aflictivamente grotesco.



—*Afasia provocada por trauma psíquico—explicó el médico.—Era una apasionada de su arte. Tenía un novio rico e impulsivo, dispuesto a casarse con la sola condición de que ella dejara las tablas. Un conflicto vulgar a fuerza de ser frecuente. A él se le ocurrió, como revulsivo, hacer que compraran, una noche de beneficio, la mitad de las localidades y alquilar una «claque» a la inversa de «reventadores», que patearon, silbaron y abuchearon, consiguiendo imponerse por la violencia a la otra mitad del público. El escándalo fué espantoso... Ella se desmayó y, cuando lograron que volviera en sí, había perdido el habla y el juicio. Yo recuerdo—y tú también, probablemente—haber leído algo sobre el asunto en los periódicos de aquella época; fué, durante algún tiempo, la comidilla de actualidad.*

*Diez años ya, desde entonces... Y sin esperanzas de curación...*

*¡Ah!, el autor de esta variante de crimen pasional sigue soltero y paga religiosamente la pensión de su víctima. De vez en cuando, hace que le envíen, como en las noches triunfales de beneficio, canastillas de flores y grandes cajas de chokolatinas. Otras veces, él mismo viene con los regalos. Pero ella... —«Imposible la has dejado para vos y para mí»— no le reconoce. Debe ser, indudablemente, lo más doloroso de la expiación.*

*Claro que... —durante la pausa, el psiquiatra encendió un cigarrillo, después de ofrecerme otro— desde luego, ella tenía antecedentes hereditarios: el trauma no hubiera desencadenado, seguramente, un estado demencial a no existir una constitución psicopática bien definida...*

